

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

Lo Rural: Claves de Lectura.

Juan Carlos Rodríguez Torrent y Hernán Salas Quintanal.

Cita:

Juan Carlos Rodríguez Torrent y Hernán Salas Quintanal (2004). *Lo Rural: Claves de Lectura*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/68>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/aeT>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

nistrativo de Educación (DAE), Municipalidad de San Esteban, San Esteban.

MAGENDZO, ABRAHAM, (1986). "Currículo y Cultura en América Latina". PIIE, Santiago de Chile.

SOLER, MIGUEL, (1991). "Acerca de la educación rural". UNESCO-OREALC, Santiago de Chile.

THOMAS, C. y HERNÁNDEZ, R. (2001). "La Educación Rural: Una proyección hacia las primeras décadas del siglo XXI", en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, VI Serie, Nº 13, agosto 2001, pp. 177-196.

THOMAS, C. y HERNÁNDEZ, R. (2004). "Desarrollo y Educación Rural en un contexto globalizado en el área Atacameña de la Segunda Región de Chile". Ponencia presentada en el VI Congreso Argentino de Antropología Rural, Villa Giardino, Córdoba, Argentina, mayo de 2004.

VELASCO, H., GARCÍA, F. y DÍAZ, A. (Editores), (1999). "Lecturas de Antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar". Editorial Trotta, Madrid.

WILLIAMSON, GUILLERMO, (2003). "Estado del arte: la Educación Básica Rural en Chile". Documento de trabajo presentado en el Seminario sobre "Estado del Arte en Educación Básica Rural en Chile". CIDE-FAO- UNESCO, Santiago de Chile, septiembre de 2003.

KIKUSHI, YASUSHI, (2000). "Antropología y Desarrollo". Conferencia realizada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Lo Rural: Claves de Lectura

Dr. Juan Carlos Rodríguez Torrent*, Dr. Hernán Salas Quintanal**

En el marco de la globalización y nueva división internacional del trabajo, la ruralidad, si se puede seguir hablando de ella, en algunas regiones y localidades se mueve aceleradamente en una marcha de lo agrícola a lo agroindustrial, cuestión que no anula a la pequeña producción tradicional. Sin embargo, como proceso complejo de inscripción de la globalidad en la localidad y de la localidad en la globalidad, el territorio y las prácticas de quienes lo habitan sufren cambios profundos, adquiriendo rasgos polimórficos, los que conllevan un desafío cartográfico y de revisión del aparato conceptual de la antropología. Más aún cuando muchos de sus supuestos y las formas de nombrar y construir su objeto de estudio tuvo su anclaje en contextos coloniales o en el período de la posguerra, donde se inventa la idea del desarrollo, surge la denominación de "Tercer Mundo" y se instalan discursos sobre "la falta" o sobre las "necesidades" para superar los problemas sociales. De este modo, es necesario una revisión conceptual a la luz de las transformaciones del sujeto, su práctica y el espacio.

"Lo rural, claves de lectura", constituye parte de un trabajo más amplio, y corresponde a una analítica y reflexión sobre algunos de estos procesos sociales, culturales, económicos, espaciales y ambientales vistos des-

de la mirada de la antropología y con un enfoque transdisciplinario, cuestiones que, algunas de ellas, han sido tratadas desde distintos ángulos en otros textos y eventos (Salas y Rodríguez 1998; Salas y Rodríguez 1999; Rodríguez 2003; Salas 2002).

Se trata de presentar algunas de estas problemáticas y discusiones, a modo de observar no sólo las transformaciones que sufre desde el punto de vista empírico un objeto de estudio o campo temático como es la ruralidad y sus actores, sino, cómo este cambio obliga a revisar el uso de las propias categorías, frente a la forzocidad de algunas relaciones entre lo local y lo global, lo que abre nuevas rutas para la investigación social y para resaltar la vigencia y legitimidad de las prácticas etnográficas y antropológicas.

Puntos de partida

En el marco de este simposio, y antes de avanzar hacia cuestiones más contingentes y analíticas, parece pertinente instalar una referencia histórica. Fue Robert Redfield, el antropólogo norteamericano, quién postuló que las sociedades campesinas se constituyen sobre la base de ciertos principios de "solidaridad moral", entendiendo que las relaciones de parentesco juegan un pa-

* Universidad de Playa Ancha.

** Instituto de Investigaciones Antropológicas- UNAM.

pel significativo para su condición distintiva, que la tierra no es sólo un bien, sino un modo de vida y medio de subsistencia, por cierto lejos de un espíritu de lucro. Las sociedades campesinas no son ni una tribu ni la ciudad, se ubican en una situación intermedia, pero en necesaria interrelación con la urbe. Redfield, además, observa una cuestión significativa: se establecen estas sociedades en una relación de dependencia vertical respecto de la urbe.

Esta sola idea, hace que el mundo rural aparezca como contrastado ya, por una parte, de las sociedades horticultoras, antecedente de las campesinas; y, por otra, de las urbanas, apelando a la distinción entre sus complejidades, la especialización y el valor de las tradiciones y los sistemas rituales. Pero, ahora, con esta misma lógica de la distinción, el contraste será necesariamente entre las posibilidades de estas sociedades con la agroindustria; es decir, con el contexto en el cual se inscriben, debilitan y reinventan estas sociedades.

Frente a lo señalado, es importante resaltar es que ya en los 40's, el antropólogo hablaba de un cierto "deterioro moral", precisamente por esta cuestión de dependencia respecto de la urbe y por el peso e influjo que poseen las ciudades como centros industriales y como productoras de tecnología y de irradiación tecnológica. Deterioro que, en sentido estricto, debemos leerlo como el proceso de cambio y transformación que se da en su seno y que debilita su condición distintiva o "tipo ideal" -en la terminología weberiana. A saber, ese conjunto de valores que se ubican más allá de lo material sobre la tierra, los ritos en torno a ella y prácticas ancestrales que enlazan naturaleza, cultura y modelos locales.

Con estas distinciones surge el campesino como sujeto-objeto de estudio, en un paso más en el proceso de reconversión del sujeto de estudio de la antropología anclado inicialmente en las sociedades lejanas, y ubicadas material y simbólicamente en las antípodas de Occidente. Y, es en esta relación con la urbe, donde se expresan las tensiones de su cultura que conducirían a lo que se le llamó "deterioro moral", entendiendo que la sociedad campesina y la vida comunitaria se abre a influjos externos que derivarán en lo que hoy, Giddens, llamará *desenclave*, es decir, "la extracción de las relaciones sociales de sus circunstancias locales y su rearticulación en regiones espaciotemporales indefinidas" (1998: 30).

Bajo la concepción del campesino como un sujeto y como un actor, existe un presupuesto básico: que sus prácticas tradicionales constituyen en sí mismas una forma de capital social, o capital social comunitario. En

sentido estricto, se reconoce que algo se pone en común; y, lo puesto en común, son tanto elementos pragmáticos como cuestiones de orden simbólico vitalizados en el cotidiano, otorgando, de paso, lugares específicos a las relaciones mantenidas con las cosas y los hombres. Por tanto, son estos elementos, las relaciones, las referencias y los afectos los que hacen que el individuo tenga conciencia del lugar que ocupa como tal en esta sociedad; y, por cierto, podemos afirmar que si las relaciones son más próximas y homogéneas en torno a lo común, la sociabilidad será mayor.

Por lo señalado, los antropólogos preocupados de estas comunidades hemos puesto el acento en los puntos de acercamiento y comunión, en aquello distintivo que separa de otros y une en torno a otros. Esto es, en la posibilidad desde nuestra práctica teórica y metodológica de realizar una aprehensión holística de las relaciones que allí se acrisolan.

Entonces, el capital social comunitario, como atributo identitario, se corresponde, por una parte, a la capacidad de los sujetos miembros de una comunidad para cooperar entre sí, como una red de apoyo y vínculos específicos; y, por otra; a la posibilidad de realizar una gestión colectiva. Por tanto, si hay que destacar el contenido específico que implica este capital, debemos pensar sobre el valor de la democracia, en cuanto posibilidad de participación, como también de la equidad que de esta forma de articulación horizontal se desprende.

Así, el presupuesto de lo que ha caracterizado a las sociedades rurales ha de ponerse en la escena de las grandes transformaciones, y siempre bajo la idea rectora del "progreso", matriz constitutiva de los estados nacionales como de la práctica discursiva de los científicos sociales, tanto de los que mantienen dentro de su lógica como de aquellos que han tenido un discurso contradictorio o alternativo, cuestión que alienta un análisis en cuyos intersticios se juega la reciprocidad y la cooperación entre sus miembros. Pero, a lo menos en los últimos 50 años -como política del desarrollo-, sabemos que se ha vivido en un anómico y forzado trayecto de aquellas "formas atrasadas" hacia el progreso, en las que las sociedades tradicionales, agrícolas y artesanas, han comenzado a dar paso, cada vez más raudo, hacia formas industrializadas, al salario, el consumo y la innovación tecnológica, refrendado por un aparato político, social e institucional favorable a la idea de crecimiento materialista.

Por lo mismo, si consideramos que el *habitat* se define al ser habitado y que cada cultura configura un estilo de apropiación del ambiente y lo simboliza, reconoce sus

recursos naturales y le otorga significado a sus prácticas de uso y transformación, entonces podemos comprender que la experiencia generalizada del desarrollo ha provocado un proceso de desequilibrio y ruptura en una dimensión general, global y planetaria, que sobrepasa un territorio o una cultura en particular y, más bien, las condiciona dentro de lógica generadora -y totalitaria- que planifica por encima de, y a veces a pesar de, las decisiones, acciones, percepciones, afectos y significaciones de cada cultura particular. La globalización de la racionalidad económica y tecnológica se ha impuesto sobre la valorización cultural de la naturaleza y de la vida, sometiendo los potenciales ecológicos, dominando las identidades locales y subyugando los saberes (Leff, 1998).

Por lo señalado, la contigüidad de los puntos de referencia o la vecindad de las concepciones de los individuos en lo simbólico, es decir, todo ese orden compartido o memoria en la que se expresa el capital social, en donde inevitablemente se dan y viven las relaciones de cooperación y conflicto que los antropólogos llamamos *lugar*, es hoy, y en los marcos de la llamada "nueva ruralidad", donde se materializa más que en ninguna otra parte la individualidad, se desdibuja el colectivo y reordena el valor del capital social. Como sostiene Arturo Escobar, "la desaparición del lugar está claramente vinculada a la invisibilidad de los modelos culturalmente específicos de la naturaleza y de la construcción de los ecosistemas". Víctor Toledo (1992) confronta esta nueva escena en términos de los alcances de los sistemas productivos. Por una parte, el campesinado como una forma productiva no capitalista, considerada energéticamente eficiente, ecológicamente conservacionista y sustentable, y suficiente en términos alimentarios. Por otra, el sistema agrícola y ganadero capitalista, incorporado al proceso de globalización, que en los países "menos desarrollados" ha provocado deterioro ambiental, reducción de biodiversidad y degradación de los suelos y demás recursos naturales.

Entonces, hoy, además de lo que significan estos modelos productivos, tenemos un orden caracterizado por la concentración de la producción alimentaria en los países desarrollados y un déficit estructural en los países dependientes, rasgo que ya no se corresponde con la importancia que la producción agrícola tenía internamente en estos últimos, y, en algunos casos, también en relación al exterior. Dentro de la antigua división internacional del trabajo, sostiene Blanca Rubio, metafóricamente ellos eran la ciudad y nosotros el campo (Rubio 1995). Esto ha desaparecido.

Así, en una primera aproximación, son los tiempos externos los que subordinan los tiempos locales, y en esta medida, damos un salto cualitativo y cuantitativo respecto de todos los análisis realizados por economistas, geógrafos, sociólogos y antropólogos que veíamos en la urbe la máxima expresión de la materialización del capitalismo.

Como sostiene Milton Santos, "hoy, gracias al fenómeno de las redes y de la difusión de la modernidad en el territorio, sabemos que el capital nuevo se difunde más amplia, más profunda y más rápidamente en el campo que en la ciudad. Y en ésta, el mismo ambiente construido frecuentemente constituye un obstáculo para la difusión de los capitales nuevos" (2000: 275). Pero, por la misma razón, aunque sigue siendo (la urbe) "palco de todos los capitales", puede seguir atrayendo y cobijando a las "multitudes de pobres expulsados del campo y de las ciudades medias por la modernización de la agricultura y de los servicios" (ibid.).¹

De este modo, se puede afirmar categóricamente que la globalización provoca y requiere de un tiempo más acelerado, con una intensa movilidad de los factores de producción y mercancías, y el fin de las fronteras, generando espacios que obligadamente sobrepasan los límites locales, regionales y nacionales. El capital sobrepasa toda barrera espacial opuesta al tráfico y al intercambio, y en este sentido anula el espacio por medio de la introducción de un nuevo tiempo (Salas 2002: 38).

Pero, es esto mismo, lo que hace que la cuestión agraria deje de ser un problema estrictamente campesino. Las problemáticas involucran a nuevos actores: empresarios nacionales y extranjeros, no necesariamente ligados a la agricultura; jornaleros agrícolas, en un mercado de trabajo inestable y deslocalizado; migrantes y rutas complejas, que sobrepasan los límites de un país; la participación de la mujer, y el reacomodo de la estructura familiar; jóvenes que se vinculan, cada vez más, a cuestiones industriales (ibid.: 93).

Espacio

Lo que hay que discutir aquí, es cómo estamos instalados en una situación donde la funcionalidad de un *lugar* no es ya lo que tradicionalmente se ha entendido como aquello que se adapta a un fin, que siempre es horizontal o próximo, y solidario en sí mismo, es decir, aquello que constituye o expresa una solidaridad de tipo orgánica. Por el contrario, se trata de cómo enfrentamos de manera teórica y analítica, y asumimos hoy, una solidaridad de tipo organizacional desplazada espacialmente, dada

por un ordenamiento exógeno, distante y vertical, con interacciones de distinta intensidad entre lo local y lo global, entre lo local, la región, las macroregiones, el país, el continente, lo mundial, que definen el carácter de la existencia e identidad presente de los asentamientos humanos y los enclaves productivos en los espacios rurales.

La verticalidad -a que nos referimos- revela una jerarquía que dispone de las decisiones políticas, financieras, tecnológicas, laborales y salariales que dan paso a una nueva geografía compuesta por un sistema reticular de producción, lleno de enclaves especializados y también formas culturales, en algunos casos relictos, fundadas en el *lugar* como *modelo local*, cuya forma se expresa en una permanente estructuración y desestructuración del espacio, hasta configurar nuevas cartografías, con entradas y salidas de productores, con procesos de descampesinización y con migrantes estacionales. De modo que, la lectura del espacio y el paisaje, es decir, la forma de su transformación y de los intersticios que le componen en términos de tradiciones sociales y culturales, lejanas y recientes, deben ser pensadas exactamente desde los puntos en los cuales se ejerce el poder, el que puede estar dentro o fuera del país; y, luego, la materialización *in situ* de esas decisiones. Asimismo, valorar, como cuestión fundamental, las formas de resistencia o prácticas que especifiquen alternatividad dentro de los marcos de las relaciones locales globales.

En primer lugar, hablamos de un espacio y una cartografía donde cada pieza tiene una posición específica en su movimiento a partir del control que se ejerce sobre él, lo que da paso a la constitución de una naturaleza artificializada, no natural, a partir de la racionalización que se hace del espacio, cuestión ligada al retiro del estado como regulador o subsidiador de la actividad agrícola productiva, al capital financiero, las empresas multinacionales y el complejo agroalimentario mundial. En segundo lugar, pensado el espacio de manera reticular, impone, necesariamente, una nueva clave de lectura sobre la ruralidad, en la medida que la fijación de los nuevos contornos identitarios -entendidos como perfiles laborales y productivos-, ponen en cuestión los elementos que han sido más significativos en torno a ella desde los trabajos de Redfield: el valor de la tierra, la organización del trabajo y el capital social.

Entonces, en el vínculo global-local y local-global, en sus expresiones horizontales y verticales, como subordinación y reacomodo de la vida de las poblaciones, al frente tenemos un nuevo ordenamiento del territorio y

una nueva fórmula en la capacidad de la gestión local. Y, sobre ambos ejes debe ser pensada la complejidad de la ruralidad, en torno al surgimiento de las nuevas aspiraciones, frustraciones, roles, expectativas, reivindicaciones, conflictos, movilizaciones, resistencias y posibilidades de mantener prácticas fundadas en estos "inventos de vida" con rasgos tradicionales (Fernández-Martorell, 1997).

Del mismo modo, el ordenamiento del espacio y el despliegue calculado de este sistema reticular fundado sobre la base de una "racionalidad científica", crea un nivel de importante dependencia de las ciudades próximas, en la medida que la nueva agricultura -por cierto no sinónimo de agrícola sino de agroindustria-, requiere de los servicios y apoyos tecnológicos, financieros e informativos que sostengan la viabilidad de la nueva configuración espacial y productiva.

En tercer lugar, y desde una perspectiva globocéntrica, lo anterior nos propone un nuevo eje de lectura: así como desde el punto de vista de la analítica de los procesos sociales observamos la racionalización de áreas como la política, la economía, la cultura y las relaciones entre los individuos, hoy asistimos a una *racionalización del lugar*, es decir, se despliega una racionalidad en el espacio en el que se da y expresa la forma de vida. *Lugar*, en el sentido más puramente antropológico y más básico: donde se hace la vida en el cotidiano, con su "historia, relaciones e identidad" (Augé, 1996). Con ello queremos hablar de un territorio instrumentalizado, definido, esbozado e intencionado desde la razón cartesiana, es decir, desde aquella que mantiene como primera cuestión el dualismo naturaleza cultura, y otras como teoría - práctica, mente - cuerpo, simple - complejo.

Entendemos este proceso de racionalización del espacio como una nueva extensión de los dominios de la sociedad a los criterios de decisión racional. Es decir, por una parte, hoy tenemos un dominio que posee significación para la acción racional; y, por otra, el espacio se convierte en un campo de acción instrumental, sometida a reglas, exigencias y especulaciones de tipo mercantil. Sólo que, ya no se trata de un espacio en el que sólo se despliega tecnología, sino de la manera más clara, la información, la que excede el simple dominio de lo inmediato sino que responde a una lógica de economía mundo, en la que se entrelazan el capital financiero, las empresas multinacionales y el complejo agroexportador. De este modo, se deben destacar las siguientes cuestiones:

1. El contexto general de la transformación de la ruralidad es el de una naturaleza artificializada:

cada pieza es parte de un conjunto; y, el conjunto se mueve desde un centro de control de la información. El máximo control, es también, el máximo de artificialización de la naturaleza. Por ello, la artificialización no corresponde a la imitación de la naturaleza, sino constituye la superación de la misma. Por eso, cuando analizamos un sistema productivo siempre se hace referencia a un sistema artificial, construido socialmente por el ser humano, cuando comporta, por lo menos, una transformación del medio ambiente, proceso que en una gradiente ascendente va desde una modificación simple hasta una transformación total y/o la destrucción del mismo. En regiones donde el recurso hídrico o la tierra es escasa, se recurre a una intensificación tal que la tecnología se convierte en la parte más sustantiva del sistema productivo.

2. no podemos obviar que en este proceso de racionalización de la naturaleza, lo que tenemos al frente es un proceso que ineludiblemente tiene que ver con el desencantamiento de la misma, de la pérdida del misterio; o, muy concretamente, de esa apropiación particular de la misma que ha sido consubstantiva a la definición misma del relato antropológico: la diversidad; y,
3. esto mismo hace que si queremos seguir hablando de Antropología Política, ésta deberá establecer los puntos de conexión específica entre el allá y el acá, donde se toman decisiones y monitorea el "lugar", y donde se expresan sus "perfecciones" como tendencia específica del modelo. Así, la etnografía de la ruralidad o nueva ruralidad, devenida del modelo secundario exportador, debe hacerse en el lugar donde la información se concreta y en medio de las continuidades y discontinuidades del espacio.

La centralidad que adquiere la información ubica a la ciencia en un nuevo escenario y al desarrollo de nuevos campos de aproximación. Pasamos de una *naturaleza natural* a una *naturaleza de máxima artificialización*, consistente en la construcción de un espacio y una cartografía en la que se vierte la máxima intencionalidad, es decir, hablamos de decisiones en busca de los máximos resultados y la máxima eficiencia. Así, se espera, que toda acción responda a la mayor perfección, es decir, el proceso de cristalización de la extensión de la racionalidad y el cálculo al espacio y sus actividades.

Siendo así, el nuevo dominio de la acción racional, el espacio, y éste como campo de acción instrumental es-

pecífica, articulan de modo significativo el planeamiento de la ocupación humana. Por ello, racionalización y artificialización se conjugan, y en la medida que la racionalización (tecnológica e infomacional) mientras más profunda sea, el espacio se constituirá de manera más artificial. Entonces, bajo esta conjugación, hay una aspiración presuntuosa, pero no menos real de acceder a la perfección. ¿Existirá la perfección? No lo sabemos. Sin embargo, el modelo sustenta y sostiene esa creencia, y la cartografía espacial de la ruralidad no es más que la expresión de tecnología e información en búsqueda del máximo beneficio.

Mirar la esfera y aproximarse a la cartografía, es mirar las manchas de estas decisiones. Estas son la expresión de los nuevos sistemas productivos; la tecnología y la información que facilitan la instalación de los flujos de capital y la expresión de la economía globalizada.

Entonces, el proceso de globalización implica un reacondo y redefinición muy preciso del proceso de producción de los países y áreas geográficas dentro de la nueva división internacional del trabajo. De modo que, bajo esta fórmula los países del llamado Primer Mundo se especializan en productos estratégicos con alta demanda y valor en el comercio internacional, controlando el mercado mundial de carnes, lácteos, cereales y huevos, dirigiendo sus inversiones a países menos desarrollados donde encuentran condiciones favorables para generar una ampliación del capital. Mientras que, los del Tercer Mundo, controlados por estas transnacionales se especializan en productos de exportación controlados por empresas transnacionales y productos para consumo interno.

Que los primeros controlen el mercado mundial y los segundos se especialicen en la demanda, no significa que el proceso sea mecánico y no exento de "aparentes" contradicciones. Estamos hablando de formas especulativas, siempre de producción subordinada, y por ello de "apariencias" que obedecen a un cálculo extremadamente racional.

Blanca Rubio, por ejemplo, especifica muy claramente lo que ha significado este proceso: En México se quedaron sin compradores, en 1999, 180.000 toneladas de frijol, 789 de maíz, 4.000 de papa, 500.000 sacos de café de 60 Kg., al mismo tiempo que se importaban 60.000 toneladas de frijol procedentes de Argentina, 6.000.000 de toneladas de maíz proveniente de EEUU, de donde también provenían papas ilegales, así como el café proveniente de Indonesia para mezclarlo con café mexicano y abaratar los costos del café soluble (Rubio 2002: 61).

Con este esquema, la “aberración” como dirá Rubio, expresa, por un lado, el déficit productivo a la par de la sobreproducción. Por tanto, mucha de la producción agropecuaria para el mercado interno se vuelve decreciente e inviable en algunos casos.

De modo que, y como una cuestión básica, el proceso especulativo, y en última instancia de la “dependencia alimentaria”, nos obliga a distinguir entre la naturaleza biofísica o natural; la artificializada, como expresión teórica y gerenciada; y, la vivida por las gentes, como expresión de modelos locales. Claramente, estas tres naturalezas y sus desencuentros, no sólo instalan la cuestión de la explotación de las poblaciones en este proceso de subordinación, el que a la larga genera “descampesinización”, sino, que los expulsados que no alcanzan la reproducción cotidiana y generacional pasan a engrosar las filas del trabajo informal, no necesariamente ligado al trabajo agrícola.

De aquí entonces, la tesis central sustentada en este trabajo, ligada a una necesaria comprensión de las dinámicas espaciales, culturales y productivas como un proceso de subordinación excluyente de los productores rurales en el marco de una concepción de naturaleza artificializada, expresión, también, en última instancia, conforme a la derrota de los sectores populares y sus proyectos de transformación en los años 70’s.

En este sentido, es que afirmamos la exclusión de los productores rurales, entendidos como parte de sociedades tradicionales en los términos de Redfield, los que han sido subsumidos por las redes y las fauces del modelo neoliberal o exportador, en la medida que su tradicional producción como proveedores de productos básicos destinados a satisfacer la demanda interna de los países latinoamericanos, no encuentra lugar ni nicho específico dentro de las redes y las articulaciones específicas de este modelo y dentro de las definiciones que los distintos estados dan a la producción alimentaria y el lugar de los pequeños productores dentro de sus economías.

Por lo anterior, una analítica de esta condición de subordinación desde una perspectiva analítica multilocalizada², y la figura de la transformación del espacio que le es consubstantiva, se refiere, al menos a las siguientes cuestiones centrales:

- a) que el proceso de subordinación excluyente es posible en la medida que el modelo secundario exportador privilegia y antepone lo financiero por sobre lo productivo;
- b) que la agricultura se encuentra en una posición marginal como proveedora de los alimentos básicos,

cuestión que tiene un efecto importante a la hora de garantizar los valores de los alimentos que históricamente han ayudado a compensar los bajos salarios de los trabajadores urbanos y los sectores históricamente privados; y

- c) que la agroindustria presiona sobre los productores, imponiendo precios y condiciones, lo que se ve agudizado al no contar en el marco de los países pobres con subsidios de tipo estatal que permitan mantener no sólo la pequeña producción sino a las poblaciones en un espacio que ellos transformaron a través de sus prácticas en lugar³.

Lo señalado amerita, en el marco de este simposio, de una lectura desde al menos cuatro ejes: a) el papel del capital especulativo y financiero; b) la relación de la industria transnacional con las transformaciones productivas, demográficas, espaciales y culturales en el plano local; c) el papel de la agroindustria multinacional; y, d) la capacidad del sistema productivo para convertirse en uno que sea realmente alimentario.

Consideraciones finales

Dentro de las cuestiones más importantes que discutir y seguir discutiendo, se encuentra la relación entre el globocentrismo y la afirmación del lugar como modelo local. Esto, en la medida que, por una parte, se consolida y cristaliza un cierre de alternativas al avalar la presencia de la globalidad en todos los intersticios de las sociedades como las rurales; y, por otra, se abre la posibilidad, a partir de la experiencia etnográfica del rescate y documentación de las formas o economías de subsistencia o biodiversificadas, de prácticas colectivas, comunales o cooperativas, de pensar de forma alterna, es decir, de un modo no capitalista. Por ello, necesitamos responder desde nuestros campos disciplinarios si estas últimas formas son simplemente resistentes y contrarias al capitalismo, son complementarias o subsidiarias al modelo global.

La propuesta política de un imaginario alterno demanda responder lo anterior. Una antropología que piense desde la alternatividad, desde los márgenes del sistema, exige la valorización del conjunto de significados profundos que puede haber detrás de estas lógicas, pues, en sentido estricto, son experimentos de vida que se desarrollan a través de sus usos, y que, para contradecir una posible nostalgia antropológica, siempre han estado incorporadas a unas redes más amplias que las del propio universo local (véase Wolf). Por ello, no está demás, investigar con las herramientas de la antropolo-

gía cómo la gente se reinventa y dialoga con las presiones externas.

A lo anterior, tal vez, debamos sumarle un imperativo interés por instalar una base conceptual o un lenguaje que nos permita pensar desde la diferencia, desde fuera de la modernidad y el capitalismo, de algo que esté más allá de los cinco siglos de experiencia de capitalismo y de la invención del desarrollo generada desde la posguerra (Escobar, 1998).

Antropológicamente, debemos plantearnos el documentar todas las prácticas de resistencia, porque en ellas se encuentra el proceso de invención y reinvención de la vida, y en los intersticios de las relaciones global local se producen las hibridaciones, eje inevitable de recuperar a la hora de repensarnos desde la alternatividad los problemas identitarios, las prácticas económicas y las relaciones sociales. Por ello, debemos prestar particular atención a movimientos como los "sin tierra", en Brasil; los cocaleros, en Bolivia; las protestas étnicas, en Ecuador; las propuestas de comunidades y activistas negros en Colombia, los que enriquecen el concepto biodiversidad al entenderlo como suma de territorio y cultura, y que saltan a una visión del Pacífico como territorio - región (véase Escobar); y, también, las presiones de las comunidades mapuches sobre las empresas forestales y su interés por la recuperación de la tierra.

No es posible, entonces, desprenderse de eso que ocurre en la base, en esta integración y reacomodo de carácter horizontal, pues es ahí, en el lugar, donde ha de darse la posibilidad de pensar "otros desarrollos" o pensar el "desarrollo desde el subdesarrollo", la cultura, las relaciones con la naturaleza; y, por cierto, como opción política, abrirse y replantearse como antropólogos nuestras formas de aprehender la realidad y observar la constitución de las identidades.

Frente a lo anterior, y en detrimento de la condición de *lugar vivido*, como centro de la experiencia cotidiana, y de la vulnerabilidad teórica que la noción de *lugar* experimenta en el marco del proceso de globalización, una reivindicación en el campo de la antropología de las experiencias particulares y de la teorización es, ante todo, la antesala para terminar con cuestiones como la lógica cartesiana que ha definido la relación con la naturaleza y la analítica de un corpus, que con contadas excepciones, le ha costado enhebrar la relación entre lo biofísico, lo humano y lo sobrenatural⁴.

Notas

¹ La presencia de los pobres en la ciudad -según Santos, enriquecería la diversidad socioespacial, cuestión que se expresaría en la materialidad de los barrios, es decir, en el alto contraste de los mismos, a lo que se agregarían las formas de trabajo y de vida (Santos 2000: 275).

² Donde se toman y se viven esas decisiones.

³ La cuestión se expresa de manera contraria a lo que ocurre en Europa y Estados Unidos de Norteamérica.

⁴ Nos referimos, por ejemplo, al extraordinario texto de P. Descola "La selva culta".

Bibliografía

- AUGÉ, MARC (1996) *Los "no lugares" espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona. 123 pp.
- DESCOLA, PHILIPPE (1987) *La selva culta: Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*. Editorial Abya-yala, Ecuador. 468 pp.
- ESCOBAR, ARTURO (1998) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Grupo Editorial Norma, Santa Fé de Bogotá, 475 p.
- ESCOBAR, ARTURO (s/f) "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o post desarrollo?", p. 113-143.
- FERNÁNDEZ-MARTORELL, MERCEDES (1997) *Antropología de la convivencia. Manifiesto de antropología urbana*. Editorial Cátedra, Madrid, 110 pp.
- GIDDENS, ANTHONY (1998) *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Universidad, Madrid. 166 pp.
- LEFF, ENRIQUE (1998) "Hábitat/habitar", en Toledo, Gabriela y Marina Leal (eds.) *Destrucción del hábitat*. UNAM, PUMA, México, pp. 31-44.
- RODRÍGUEZ, JUAN CARLOS (2003) "Horizontes de investigación. Problemas y prioridades", en Francisco Ther (comp). *Niveles y perspectivas de investigación en Ciencias Sociales*. CEDER, Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile, pp. 55-80.
- RUBIO, BLANCA (1995) "Agricultura mundial, estructura productiva y nueva vía de desarrollo rural en América Latina (1970-1992)", en Carton de Grammont, H. (coord.) *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo*. Juan Pablos editores y UNAM, México. pp. 19-58.
- RUBIO, BLANCA (2002) "La agricultura latinoamericana. Una década de subordinación excluyente", en *Revista Nueva Sociedad*, Nº 174, pp. 54-65.
- SALAS, HERNÁN y JUAN C. RODRÍGUEZ (1998) "Antropología contemporánea: globalización, dependencia y caducidad conceptual", en *Revista Cuicuilco*, nueva época, vol. 5, núm. 12, ENAH. pp. 211-243.
- SALAS, HERNÁN y JUAN C. RODRÍGUEZ (1999) "Globalidad y localidad: sujetos, problemas y concep-

tualizaciones en Antropología Rural". En *Revista Antropológicas*, núm. 16. IIA-UNAM, pp. 51-58.
SALAS, HERNÁN (2002) *Antropología, estudios rurales y cambio social. La globalización en la región lagunera*. Universidad Nacional Autónoma de México- Instituto de Investigaciones Antropológicas. México, D.F., 334 pp.
SANTOS, MILTON (2000) *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Editorial Ariel, Barcelona, 348, pp.

TOLEDO, VÍCTOR (1992) "Campesinos, Modernización rural y ecología política: una mirada al caso de México". En J. González y M. González (eds.). *La tierra. Mitos, ritos y realidades*, Barcelona, Anthropos y Diputación Provincial de Granada, pp. 351-355.
WOLF, ERIC (1994) *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México. 600 pp.

Educación Rural y Desarrollo Local: La Experiencia de la Universidad de Playa Ancha, 1996-2004

Carlos Moreno Herrera, Fernando Leiva Valenzuela,
Salim Rabí Contreras, Fernando Mandujano Bustamante*

Presentación

Esta ponencia presenta los antecedentes, los fundamentos y las líneas de trabajo del esfuerzo más importante que la Universidad de Playa Ancha ha elaborado como respuesta a las necesidades de la ruralidad del siglo XXI, el Programa de Educación Rural y Desarrollo Local, radicado en la Sede San Felipe.

En la primera parte se detallan los elementos del Programa y en la parte final se presentan los principales rasgos de la formación de profesores para el mundo rural como principal línea de trabajo del Programa.

1- El Programa de Educación Rural y Desarrollo Local

1.1. Los antecedentes

A inicios de los Noventa en nuestro país se profundizan procesos de fuertes cambios en el mundo rural, en especial el desarrollo de formas de actividad económica que en el lapso de una generación cambiaron radicalmente el perfil productivo de casi la totalidad de los asentamientos de población rural chilena.

Gran parte de la superficie agrícola destinada a cultivos tradicionales, incluso suelos con vegetación nativa, la-

gos, ríos y bahías y fiordos marinos se redestinaron a cultivos innovadores principalmente orientados al mercado de exportación.

Junto a estos procesos se comienzan a constatar los indicadores de graves deficiencias en la educación rural que prontamente revelaron un trasfondo más complejo de desarticulación y crisis de la cultura e identidad rurales.

El mundo rural no sólo ofrecía sus espacios y sus recursos para acompañar el desarrollo del país sino que también comenzó a hacer presente la necesidad de atender su especificidad.

En un momento en que el país mostraba su mayor impulso al crecimiento económico de su historia, con la economía más abierta al mundo y a la globalización, de toda América Latina, sometió a sus poblaciones rurales no sólo a cambios y readecuaciones radicales para aportar a ese proceso, sino que también las sometía a procesos de tensión que aplastan definitivamente o llevan a límite la supervivencia de elaborados significados, instituciones y rasgos de la cultura e identidad rural. Agravaba todo esto los antecedentes que mostraban que la población rural tenía los peores rendimientos en la educación formal del país.

Por otra parte, el propio proceso de inmersión en la globalización y su impacto en la cultura contribuyó a que

* Programa de Educación Rural y Desarrollo Local, Universidad de Playa Ancha, Sede San Felipe.